

www.puntodelectura.es

JOSÉ SARAMAGO

Viaje a Portugal

punto de lectura



Título: Viaje a Portugal

Título original: *Viagem a Portugal*

© 1995, José Saramago y Editorial Caminho, S.A, Lisboa

© Traducción: Basilio Losada

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: febrero 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-6905-3

Depósito legal: B-59-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Pdl

Fotografía de portada: ABB Fotógrafos

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

JOSÉ SARAMAGO

Viaje a Portugal

Traducción de Basilio Losada

*A quien me abrió puertas y me mostró caminos
—y también en recuerdo de Almeida Garrett,
maestro de viajeros.*

Presentación

Malo es que una obra precise un prólogo que la explique, malo es también que un prólogo presuma de tanto. Acordemos, pues, que esto no es un prólogo sino aviso simple o prevención, como aquel recado último que el viajero, en el umbral y puestos ya los ojos en el horizonte próximo, deja aún a quien quedó cuidándole las flores. Diferencia, si la hay, es no ser éste el aviso último, sino el primero. Y no habrá otro.

Resígnese, pues, el lector a no disponer de este libro como una guía vulgar, o un ruterio que se lleva en mano, o catálogo general. A las páginas que siguen no hay que recurrir como agencia de viajes o escaparate turístico: el autor no ha venido a dar consejos, aunque sobreabunde en opiniones. Verdad es que se hallarán los lugares selectos del paisaje y del arte, la faz natural o transformada de la tierra portuguesa: pero no se impondrá forzosamente un itinerario, ni se orientará hábilmente, sólo porque las conveniencias y los hábitos acabaron por hacerlo obligatorio, a quien de su casa sale para conocer lo que hay fuera. Sin duda, el autor fue a donde siempre va, pero fue también a donde no se va casi nunca.

¿Qué es, en definitiva, un libro que un prólogo pueda anunciar con alguna utilidad, aunque no sea inmediata

en primer entendimiento? Este *Viaje a Portugal* es una historia. Historia de un viajero en el interior del viaje que hizo, historia de un viaje que en sí transportó a un viajero, historia de viajero y viaje reunidos en una intencionada fusión de aquel que ve y de aquello que es visto, encuentro no siempre pacífico de subjetividades y objetividades. En consecuencia: choque y adecuación, reconocimiento y descubierta, confirmación y sorpresa. El viajero viajó por su país. Esto significa que viajó por dentro de sí mismo, por la cultura que lo formó y está formando, significa que fue, durante muchas semanas, un espejo que refleja imágenes exteriores, una vidriera transparente que luces y sombras atravesaron, una placa sensible que registró, en tránsito y proceso, las impresiones, las voces, el murmullo infinito de un pueblo.

He ahí lo que este libro quiso ser. He ahí lo que el autor supone haber conseguido un poco. Tome el lector las páginas siguientes como reto y como invitación. Viaje según su proyecto propio, dé mínimos oídos a la facilidad de los itinerarios cómodos y de rastro pisado, acepte equivocarse en la carretera y volver atrás, o, al contrario, perseverar hasta inventar salidas desacostumbradas al mundo. No tendrá mejor viaje. Y, si se lo pide la sensibilidad, registre a su vez lo que vio y sintió, lo que dijo u oyó decir. En fin, tome este libro como ejemplo, nunca como modelo. La felicidad, sépalo el lector, tiene muchos rostros. Viajar es, probablemente, uno de ellos. Entregue sus flores a quien sepa cuidar de ellas, y empiece. O reempiece. Ningún viaje es definitivo.

De Nordeste a Noroeste,
duro y dorado

El sermón a los peces

Nunca tal se vio en memoria de guardia de frontera. Éste es el primer viajero que en medio del camino para el automóvil, tiene el motor ya en Portugal, pero no el depósito de gasolina, que aún está en España, y él mismo se asoma al pretil en aquel centímetro exacto por donde pasa la invisible línea de la frontera. Entonces, sobre las aguas oscuras y profundas, entre los altos escarpes que van doblando los ecos, se oye la voz del viajero predicando a los peces del río:

«Venid acá, peces, vosotros, los de la margen derecha, que estáis en el río Douro, y vosotros, los de la margen izquierda, que estáis en el río Duero, venid acá todos y decidme cuál es la lengua en que habláis cuando ahí abajo cruzáis las acuáticas aduanas, y si también ahí tenéis pasaportes y sellos para entrar y salir. Aquí estoy yo, mirándoos desde lo alto de este embalse, y vosotros a mí, peces que vivís en esas confundidas aguas, que tan pronto estáis en una orilla como en otra, en gran hermandad de peces que unos a otros sólo se comen por necesidades de hambre y no por enfados de patria. Me dais vosotros, peces, una clara lección, ojalá no la olvide yo al segundo

paso de este viaje mío a Portugal, a saber: que de tierra en tierra deberé prestar mucha atención a lo que sea igual y a lo que sea diferente, aunque dejando a salvo, que humano es y entre vosotros igualmente se practica, las preferencias y las simpatías de este viajero, que no está ligado a obligaciones de amor universal, ni nadie le ha pedido que lo esté. De vosotros, en fin, me despido, peces, hasta un día; seguid a lo vuestro mientras no asomen por ahí pescadores, nadad felices, y deseadme buen viaje, adiós, adiós.»

Buen milagro fue éste para comenzar. Una brisa súbita encrespó las aguas, o habrá sido el rebullicio de los peces sumergiéndose, y apenas se ha callado el viajero no había más que ver que el río y sus orillas, ni más que oír que el murmullo adormecido del motor. Ése es el fallo de los milagros: que duran poco. Pero el viajero no es taumaturgo de profesión, milagrea por accidente, por eso va ya resignado cuando vuelve al automóvil. Sabe que va a entrar en un país abundante en fastos de lo sobrenatural, del que es señalado e inmediato ejemplo esta primera ciudad de Portugal por donde ya va entrando con su calma de viajero minucioso y que se llama Miranda do Douro. Ha de recoger pues con modestia sus propias veleidades, y decidirse a aprenderlo todo. Los milagros y el resto.

Esta tarde es de octubre. El viajero abre la ventana de la habitación donde pasará la noche y, ya con el primer vistazo, descubre o reconoce que es persona de mucha suerte. Podía tener enfrente un muro, un cantero mezquino, un patio con ropa tendida, y se contentaría con esa utilidad, esa decadencia, ese tendedero. Pero lo

que ve es la pedregosa margen española del Duero, de tan dura sustancia que apenas pueden los matojos hincarle el diente, y como la suerte nunca viene sola, está el sol de manera que la escarpada pared es un enorme cuadro abstracto en diversos tonos de amarillo, y dan ganas de quedarse aquí mientras haya luz. En este momento no sabe aún el viajero que unos días más tarde va a estar en Braganza, en el Museo del Abade de Baçal, mirando la misma piedra y tal vez los mismos amarillos, ahora en un cuadro de Dordio Gomes. Sin duda puede mover la cabeza y murmurar: «Qué pequeño es el mundo...».

En Miranda do Douro, por ejemplo, nadie sería capaz de perderse. Baja la Rua da Costanilha, con sus casas del siglo XV, y apenas nos damos cuenta y pasamos una puerta de la muralla y estamos fuera de la ciudad mirando los grandes valles que hacia poniente se extienden. Nos cubre un gran silencio medieval: qué tiempo es éste, y qué gente. A uno de los lados de la puerta está un grupo de mujeres, todas vestidas de negro, hablan en voz baja, ninguna es joven, la mayoría de ellas, probablemente, ni recuerdan haberlo sido. El viajero lleva al hombro, como corresponde, la máquina fotográfica, pero se avergüenza, aún no está habituado a las osadías a que los viajeros acostumbra, y por eso no quedó memoria de retrato de aquellas sombrías mujeres que están hablando allí desde el principio del mundo. El viajero permanece melancólico y augura mal final al viaje que así empieza. Cayó en meditación, felizmente por poco tiempo: allí cerca, fuera de las murallas, suena estruendoso el motor de un *bull-dozer*, había obras de explanación para una nueva carretera: es el progreso a las puertas de la Edad Media.

Vuelve a subir la Costanilha, se desvía por otras calladas y variadísimas calles, nadie en las ventanas, descubre señales de viejos rencores vueltos hacia España, canecillos obscenos tallados en buena piedra cuatrocenista. Da ganas de reír esta saludable escatología que no teme ofender a los ojos de los niños ni a los aburridos defensores de la moral. En quinientos años nadie se acordó de mandar picar o desmontar la insolencia, prueba inesperada de que el portugués no es ajeno al humor, salvo si sólo lo entiende cuando sirve a sus patriotismos. No se aprendió aquí con la fraternidad de los peces del Duero, pero tal vez haya buenas razones para ello. Al fin y al cabo, si los poderes celestiales favorecieron un día a los portugueses contra los españoles, mal parecería que los humanos de este lado pasaran por encima de las intervenciones de lo alto y las desautorizaran. El caso se cuenta brevemente.

Andaban encendidas las luchas de la Restauración^{1*}, mediado, pues, el siglo XVII, y Miranda do Douro, aquí a la orilla del Duero, estaba, por así decir, a un salto de pulga de las acometidas del enemigo. Había cerco, el hambre era ya mucha, los sitiados decaían y, en fin, estaba Miranda perdida. Pero he ahí, esto es lo que se cuenta, que aparece un niño gritando «¡A las armas!», infundiendo ánimo y valor donde valor y ánimo desfallecían, y de tal modo que al punto se alzan todas aquellas debilidades y desalientos, toman armas verdaderas o inventadas, y

* Las notas que aparecen numeradas están reunidas al final del libro, en pág. 589.

tras el infante se van contra los españoles como quien maja en centeno verde. Vense desbaratados los sitiadores, triunfa Miranda do Douro, queda escrita otra página en los anales de la guerra. Pero ¿dónde está el jefe de ese ejército?, ¿dónde está el gentil combatiente que cambió la peonza por el bastón de mariscal? No está, no se encuentra, nadie ha vuelto a verlo más. Milagro, dicen los mirandeses. Luego, fue el Niño Jesús.

El viajero lo confirma. Si ha sido capaz de hablarles a los peces y ellos capaces de escucharle, no tiene ahora motivo alguno para desconfiar de antiguas estrategias. Tanto más cuanto que, aquí está él, el Niño Jesús da Cartolinha, con su altura de dos cuartas, al cinto la espada de plata, la faja roja atravesándolo del hombro al costado, lazo blanco al cuello, y el gorro en lo alto de su redonda cabeza de chiquillo. No es éste el uniforme de la victoria, sólo uno de los de su comfortable guardarropa, completo y constantemente puesto al día, como al viajero le va mostrando el sacristán de la catedral. Es sabedor de su menester de guía este sacristán; viendo la minuciosa atención del viajero, lo lleva a una dependencia lateral donde hay recogidas diversas piezas de estatuaria, defendiéndolas así de las tentaciones de los cacos de oficio y ocasión. Ahí se confirman las cosas. Una pequeña tabla, esculpida en altorrelieve, acaba de convencer al viajero de su propia incipiencia en materia de milagros. He ahí a San Antonio recibiendo la genuflexión de una oveja, que da así ejemplar lección de fe al pastor incrédulo que se había reído del santo y allí, en la escultura, evidentemente, se muestra corrido de vergüenza y por eso tal vez aún merecedor de salvación. Dice el sacristán que mucha

gente habla de esta tabla, pero que pocos la conocen. Excusado decir que el viajero no cabe en sí de vanidad. Vino de tan lejos, sin recomendación de nadie, y sólo por tener cara de buena persona lo han admitido al reconocimiento de estos secretos.

Va este viaje en sus comienzos y, siendo el viajero escrupuloso como es, aquí le muerde el primer sobresalto. En definitiva, ¿qué viajar es éste? Dar una vuelta por esta ciudad de Miranda do Douro, por esta catedral, por este sacristán, por este sombrerito y esta oveja y, hecho esto, marcar con una cruz el mapa, echarse de nuevo al camino y decir, como el barbero mientras sacude la toalla: «El siguiente». Viajar debería ser cosa de otro concierto, estar más y andar menos, tal vez incluso debiera instituirse la profesión de viajero sólo para gente de mucha vocación, que mucho se engaña quien piense que sería trabajo de pequeña responsabilidad, cada kilómetro no vale menos de un año de vida. Luchando con estas filosofías, acaba el viajero por quedarse dormido, y cuando de mañana despierta, ahí está la piedra amarilla, es el destino de las piedras, siempre en el mismo sitio, salvo si viene el pintor y la lleva en el corazón.

A la salida de Miranda do Douro, va el viajero aguzando la observación para que nada se pierda o algo se aproveche, y por eso ha reparado en un pequeño río que por aquí pasa. Ahora bien, los ríos tienen nombre y a éste, tan próximo a juntarse con el abundoso Duero, ¿qué nombre le habrán puesto? Quien no sabe, pregunta, y quien pregunta tiene a veces respuesta: «Perdone usted, ¿cómo se llama este río?» «Este río se llama Fresno.» «¿Fresno?» «Sí, señor. Fresno.» «Pero fresno es una

palabra española; en portugués es *freixo*. ¿Por qué no le llaman río Freixo?» «¡Ah!, eso sí que no lo sé. Siempre he oído llamarlo así.» A fin de cuentas, tanta lucha contra los españoles, tanto atrevimiento en los canecillos de las casas, y hasta ayudas del Niño Jesús, y aquí está este Fresno, oculto entre márgenes amenas, riéndose del patriotismo del viajero. Se acuerda él de los peces, del sermón que les hizo, se distrae un poco en estas memorias, y está ya cerca de la aldea de Malhadas cuando se le enciende el espíritu: «¿Quién sabe si eso de fresno no será también palabra del dialecto mirandés?». Lleva idea de hacer la pregunta, pero luego se olvida, y cuando mucho más tarde le vuelve la duda, decide que el caso no tiene importancia. Al menos para su uso, ha pasado fresno a ser portugués.

Malhadas queda un poco desviada de la carretera principal, de la que sigue hacia Braganza. Aquí cerca hay restos de una vía romana que el viajero no va a buscar. Pero cuando de ella les habla a un labrador y una labradora a quienes encuentra a la entrada de la aldea, le responden: «¡Ah! Eso es la carretera de los moros». Pues sea la carretera de los moros. Ahora, lo que el viajero quiere saber es el porqué y el cómo de ese tractor del que el labrador baja con la familiaridad de quien usa cosa suya. «Tengo poca tierra. Me sobra para mí. De vez en cuando lo alquilo a los vecinos, y así vamos tirando.» Quedan los tres allí de charla, hablando de las dificultades de quien tiene hijos que mantener, y es patente que pronto habrá uno más. Cuando el viajero dice que va hasta Vimioso y que volverá luego a pasar por aquí, la campesina, sin tener que pedirle licencia al marido, lo

invita: «Vivimos en esa casa, venga a comer con nosotros», y bien se ve que lo hace de verdad, que lo poco o lo mucho que en la olla esté, será dividido en partes desiguales, porque es más que seguro que el viajero vería en su plato la parte mejor y mayor. El viajero da las gracias y dice que será otro día. Se va el tractor, se recoge en casa la mujer: «Son unos pajares», había dicho ella, y el viajero da una vuelta por la aldea, apenas llega a darla, porque, de pronto, aparece ante él una gigantesca tortuga negra, es la iglesia del lugar, de grosísimas paredes, con enormes contrafuertes de refuerzo que son las patas del animal. En el siglo XIII, y en estas tierras de Trás-os-Montes, no debían de saber mucho de resistencia de materiales, o quizá el constructor era hombre desconfiado de las seguridades del mundo y resolvió edificar para la eternidad. El viajero entró y vio, fue al campanario y al tejado y desde allí paseó los ojos alrededor, un poco intrigado por una tierra transmontana que no se derrumba en los valles y precipicios abruptos que la imaginación le prepara. Al fin, cada cosa a su tiempo, esto es una meseta, no debe el viajero reñir con su fantasía, tanto más cuanto que tan útil le fue para hacer de la iglesia tortuga, sólo quien allá vaya sabrá hasta qué punto es justa y rigurosa la comparación. Dos leguas más allá está Caçarelhos. Aquí dice Camilo Castelo Branco² que nació su Calisto Elói de Silos y Benevides de Barbuda, mayorazgo de Agra de Freimas, héroe rústico y glotón de *A Queda Dum Anjo*, novela de mucha risa y alguna melancolía. Considera el viajero que el dicho Camilo no escapa a la censura que ácidamente profirió contra Francisco Manuel do Nascimento, acusado éste de chancearse con

Samardã, como antes otros lo habían hecho con Maças de D. María, Ranhados o Cucujães. Juntando Elói a Caçarelhos, ridiculizó a Caçarelhos, o quizá sea esto defecto de nuestro espíritu, por creer que es la culpa de las tierras y no de quien en ellas nace. La manzana cría bichos por propia condición y dolencia del manzano y no por maldad del terruño. Quede, pues, dicho, que esta aldea no sufre de peor maldad que la distancia, aquí en este culo del mundo, y no es probable que su nombre tenga nada que ver con lo que en Minho se dice: los de Caçarelhos son unos chismosos, incapaces de guardar secretos. Los suyos tendrá Caçarelhos: al viajero nadie se los contó cuando atravesaba el campo de la feria, que hoy es día de comprar y vender ganado, estos bellos bueyes color de miel, ojos que son como salvadoras boyas de ternura, y los labios blancos de nieve, rumiando en paz y serenidad mientras un hilo de baba cae lentamente, todo esto bajo una selva de liras, que son las córneas armazones, cajas de resonancia naturales del mugido que, de tiempo en tiempo, se alza de aquel concilio. Ciertamente, hay secretos en esto, pero no de esos que las palabras pueden contar. Más fácil es contar dinero, tantos billetes por este buey, lléveselo, verá cómo no se arrepiente. Los castaños están cubiertos de erizos, tantos que recuerdan bandadas de pardillos verdes que en estas ramas se hubieran posado a ganar fuerzas para las grandes migraciones. El viajero es un sentimental. Para el coche, arranca un erizo, es un recuerdo sencillo para muchos meses, ya el erizo se ha resecado, y cogerlo es volver a ver el gran castaño del borde de la carretera, notar el aire vivísimo de la mañana,

tanto cabe, en definitiva, en una campestre promesa de castaña.

Va la carretera en curvas descendiendo hacia Vimioso, y el viajero contento murmura: «Qué hermoso día». Hay nubes en el cielo, de esas nubes sueltas y blancas que pasean por el campo sombras dispersas, corre un punto de viento leve, parece que el mundo acabe de nacer. Vimioso está construido en una ladera suave, es villa sosegada, esto es lo que le parece al viajero de paso, que no va a demorarse en ella, sólo el tiempo de pedirle información a esta mujer. Y aquí registrará la primera desilusión. Tan amable estaba siendo la informante, hasta dispuesta parecía a darse una vuelta por los barrios para mostrarle al viajero las rarezas locales, y, en definitiva, lo que quería era venderle unas toallas artesanas. No se lo tomemos a mal, pero el viajero se mantiene en sus principios y cree que el mundo no tiene otra cosa que hacer más que darle informaciones. Por una calle abajo fue descendiendo, y allá en el fondo tuvo el premio. Cierto es que a sus ojos, deshabitados de sacras arquitecturas rurales, todo gana fácilmente fuero de maravilla, pero no es pequeño placer el dar con estos contrastes entre fachadas seiscentistas, robustas, pero ya con las primeras señales de la frialdad barroca, y el interior de la nave, baja y amplia, con una atmósfera románica que ningún elemento arquitectónico confirma. Con todo, no es éste el verdadero premio. A la sombra de los árboles, aquí fuera, sentado en los peldaños que dan acceso al atrio, el viajero oye contar una historia sobre la construcción del templo. Bajo condición de tener capilla privativa, cierta familia ofreció una yunta de bueyes para acarrear la

pedra destinada a alzar la iglesia. Dos años se pasaron los bueyecillos en este esfuerzo, tan contados los pasos sobre la cantera y el cobertizo de los albañiles que al fin era sólo cargar el carro, decir «¡hala!», y los animales se encargaban de ir y venir sin boyero ni guardador, atronando aquellos yermos con el gemir de los cubos mal ensebados, en grandes charlas sobre la presunción de los hombres y las familias. Quiso el viajero saber qué capilla es ésa y si hay aún descendientes que gocen del usufructo. No se lo supieron decir. Allá dentro no vio señales particulares de distinción, pero puede que aún existan. Queda el cuento ejemplar de una familia que de sí misma nada dio, salvo los bueyes, encargados de abrir, con gran fatiga, el camino que habría de llevar a sus amos al paraíso.

Vuelve el viajero sobre sus pasos, distraído del camino que ya conoce. En Malhadas le viene la tentación de reclamar el almuerzo ofrecido, pero tiene sus propias cortedades, aun sabiendo que de ellas va a acabar arrepiñándose. En la población de Duas Igrejas es donde viven los *pauliteiros* danzarines. De éstos, nada acabará sabiendo el viajero, que no son horas de andar los bailarines paulitando por las calles. Demostrado queda que el viajero tiene también derecho a sus imaginaciones, y en esto de los *pauliteiros* no es de hoy ni de ayer el que piense que más bella y fragorosa danza sería si en vez de los palitos batieran y cruzaran los hombres sables o dagas. Entonces, sí, tendría el Niño Jesus da Cartolinha buenas y militares razones para pasar revista a este ejército de bordados, collarines y pañuelos de cuello. Éste es un defecto del viajero: quiere que lo bueno tenga más de lo que ya tiene. Que le perdonen los *pauliteiros*.

En Sendim, dan horas de comer. Qué será, dónde será. Alguien dice al viajero: «Siga por esa calle. Luego hay una placita, y en la placita está el Restaurante Gabriela. Pregunte por la señora Alicia». Al viajero le gusta esta familiaridad. La mocita de las mesas dice que la señora Alicia está en la cocina. El viajero acecha por la puerta, hay grandes olores de comida en los aires que respira, un caldero de verduras hierve al lado, y, al otro de la gran mesa de en medio, la señora Alicia le pregunta al viajero qué quiere comer. El viajero está habituado a que le lleven la carta, habituado a elegir con desconfianza, y ahora tiene que preguntar, y entonces la señora Alicia propone Posta de vitela á Mirandesa. Dice el viajero que sí, va a sentarse a su mesa, y para ir haciendo boca le traen una suculenta sopa de verduras, el vino y el pan. ¿Qué será la posta de vitela? ¿Por qué posta? Una posta siempre fue para él un tronco de pescado. ¿En qué país estoy?, pregunta el viajero al vaso de vino, que no responde y, benévolo, se deja beber. No hay mucho tiempo para preguntas. La tajada de ternera, gigantesca, viene nadando en una vinagreta, y para que quepa en el plato hubo que cortarla, y así no queda goteando en el mantel. El viajero cree estar soñando. Carne blanda que el cuchillo corta sin esfuerzo, tratada en su justo punto, y esa salsa de vinagre que hace sudar a las mejillas y ésta es cabal demostración de que hay felicidad en el cuerpo. El viajero está comiendo en Portugal, tiene los ojos llenos de paisajes pasados y futuros mientras oye a la señora Alicia gritando en la cocina y la mocita de las mesas se ríe y agita las trenzas.

Dosel y malos caminos

El viajero es natural de tierras bajas, muy lejos, hacia el sur, y, sabiendo poco de estos montes, los esperaba mayores. Lo dijo ya y vuelve a decirlo. No faltan accidentes, pero son todo colinas de buena vecindad, altas con relación al nivel del mar, pero cada una de ellas hombro con hombro de la inmediata y todas perfiladas. En todo caso, si alguna se atreve un poco más o espigó de repente, entonces sí, tiene el viajero una distinta noción de estas grandezas, y no tanto por lo que está cerca, como por aquella empinada sierra a lo lejos. En llegando a ella, se percibe que la diferencia no era tan grande, pero bastó para promesa de un momento.

Esta línea férrea que va al lado de la carretera parece de juguete, o un resto de solemne antigüedad. El viajero, cuyo sueño de infancia fue ser maquinista de ferrocarriles, teme que la locomotora y los vagones no sean de este tiempo y sí objetos de museo a los que el viento que llega de los montes no logra sacudir las telarañas. Esta línea es la Sabor, del nombre del río que se tuerce y retuerce hasta alcanzar el Duero, pero dónde está el gusto del carramato es algo que el viajero no descubre.

Sin advertir que ha pasado ya la sierra, el viajero llega a Mogadouro. Va cayendo la tarde, aún luminosa, y desde lo alto del castillo se pueden echar cuentas del trabajo de los hombres y mujeres de este lugar. Todas las laderas de alrededor están cultivadas; es un juego de bancales y planteles, unos enormes, otros más pequeños, como si sirvieran sólo para llenar las sombras de los grandes. Los ojos reposan, el viajero estaría totalmente

regalado si no fuera por el remordimiento de haber hecho huir del recaudo de las murallas a una pareja de enamorados que andaba allí tratando de sus amores. Aquí, en Mogadouro, quedó ilustrado una vez más el antiguo conflicto entre acción e intención.

Es en Azinhoso, aldeíta cercana, donde empieza a nacer la pasión del viajero por este románico rural del norte. El riesgo de las minúsculas iglesias no tiene osadías, es receta traída de lejos y ligeramente variada para preservar el prestigio del constructor, pero mucho se engaña quien crea que, habiendo visto una, las ha visto todas. Hay que darles la vuelta con toda calma, esperar callado a que las piedras respondan, y, si hay paciencia, cada vez saldrá de allí arrepentido el viajero, éste o cualquier otro. Arrepentido por no quedarse más tiempo, pues no está bien quedarse sólo un cuarto de hora junto a una construcción que tiene setecientos años, como en este caso de Azinhoso. Sobre todo, cuando empieza a acercarse gente que quiere charlar con el viajero, gente a la que convendría oír, pues es la heredera de esos siete siglos. El pequeño atrio está cubierto de hierba, el viajero asienta en ella sus pesadas botas y se siente, no sabe por qué, rehabilitado. Por más que piense, ésta es la palabra y no otra, y no la sabe explicar.

Dentro de poco caerá la noche, que en otoño es temprana, y el cielo se va cubriendo de nubes oscuras; tal vez mañana llueva. En Castelo Branco, quince kilómetros al sur, el aire parece haber pasado por un cedazo de ceniza, sólo en el color, que de pureza hasta los pulmones lo extrañan. Al borde de la carretera está la amplia fachada de una casa solariega, con grandes pináculos en

los extremos. Si hubiera fantasmas en Portugal, este sitio sería bueno para asustar a los viajeros: luces por detrás de los cristales rotos, tal vez estridencias de dientes y cadenas. Pero, quién sabe, tal vez a las horas de luz esta decadencia resulte menos deprimente.

Cuando el viajero entra en Torre de Moncorvo, hace ya mucho que es noche cerrada. El viajero piensa que es una desconsideración entrar en las poblaciones a estas horas. Las poblaciones son como las personas, nos acercamos a ellas, lenta, paulatinamente, no esta invasión súbita, a cubierto de la oscuridad, como si fuéramos salteadores. Pero ellas se vengan, y hacen bien. Las poblaciones ponen los números de las puertas y los nombres de las calles, cuando los hay, a alturas inverosímiles, hacen que esta plaza sea idéntica a esa encrucijada, y, si les apetece, nos colocan delante, parando el tráfico, a un político con su cortejo de adherentes y su sonrisa de político que anda buscando votos. Esto es lo que hizo Torre de Moncorvo. Lo peor es que el viajero va con destino a una quinta que queda más allá, en el valle de Vilarica, y la noche está tan negra que a los lados de la carretera no se sabe si la cuesta, a pico, es para arriba o para abajo. El viajero se mueve en un borrón de tinta, ni las estrellas ayudan, que el cielo es todo una maciza nube inconsútil. Al fin, tras mucho desatinar, llega a su destino. Antes le han ladrado canes desaforados, y entra en la casa donde lo esperan con una sonrisa y la mano abierta. Grandes, portentosos eucaliptos hacen aún más oscura la noche allá afuera, pero no tarda la cena en estar en la mesa, y, después de cenar, un vaso de vino de Porto mientras llega la hora de dormir, y, cuando llega, éste es el cuarto,

una cama con dosel, de aquellas altas, que sólo por ser alto el viajero dispensa la escalerilla para encaramarse, qué profundo es este silencio del valle de Vilarica, qué consoladora la amistad, el viajero está dispuesto a quedarse dormido, quién sabe si en esta cama de dosel durmió su majestad el rey, o, tal vez preferible, su alteza la princesa.

Se despierta por la mañana temprano. La cama no sólo es alta, es también inmensa. En las paredes del cuarto hay unos retratos de gente antigua que miran severamente al intruso. Hay ruido. El viajero se levanta, abre la ventana y ve pasar por abajo un pastor con sus ovejas; han mudado los tiempos, tanto es así que este pastor no se comporta como los de las novelitas bucólicas, no levanta la cabeza, no se descubre, no dice: «Dios lo acompañe, señor». Si no fuera distraído con sus cosas, diría sólo: «Buenos días», y nada mejor podría desear el viajero, que de los días eso quiere, que sean buenos.

El viajero se despide y da las gracias a quien le dio dormida por esta noche, y antes de meterse al camino vuelve atrás, a Torre de Moncorvo. No va a dejar disgustos tras él, ni dejaría la villa al desdén, que no lo merece. Ahora que es ya día claro, aunque neblinoso, no precisa ya de letreros en las esquinas. La iglesia está allí delante, con su pórtico renacentista y la alta torre campanera que le da un aire de fortaleza, impresión acentuada por los extensos lienzos de muralla que envuelven el conjunto. Dentro, son tres las naves, demarcadas por gruesas columnas cilíndricas. Cerrada la puerta, en tiempos de alboroto militar, mucho tendrían que roer los enemigos antes de poder rezar allá dentro sus propias misas. Pero

la paz con que el viajero va circulando por aquí, le da tiempo para tomarle gusto al tríptico de madera esculpida y pintada que representa trechos de la vida de Santa Ana y de San Joaquín, y otras piezas de no menor valía. De aires renacentistas es también la iglesia de la Misericordia, y el púlpito de granito, con figuras en relieve, valdría, por sí solo, una parada en Torre de Moncorvo.

Ahora el viajero se aleja de las obras de arte. Se ha metido por unas trochas, allí mismo, al embocar el puente que pasa sobre el río Vilarica, y va subiendo, subiendo, parece que no tiene fin la carretera, y es el caso que, de tan desnudos los montes que a un lado y otro se derrumban sobre el valle, llega el viajero a temer que un golpe de viento lo lleve por los aires, lo que sería otra manera de viajar con muy peor destino. En todo caso, ante esta amplitud generosa del paisaje es como si alas tuviera. Dentro de unos meses, de aquí a lo lejos todo serán almendros floridos. El viajero empieza a imaginar, ha elegido en su memoria dos imágenes de árbol en flor, las mejores que tenía, eligió almendro y blancura, y lo multiplicó todo por mil o por diez mil. Un deslumbramiento. Pero no lo es menor este valle feracísimo, más afortunado que los campos de Ribatejo, que no recogen ya de las crecidas el beneficio del lodo fértil y sí la desgracia de las arenas. Aquí, las aguas que el río lleva y se juntan a las del río Sabor, refluyen ante el gran caudal del Duero y vienen a explayarse por todo el valle, donde quedan decantando las materias fertilizantes que traen en suspensión. Es la albardilla, dicen los habitantes de aquí, para quienes el invierno, si a más no se desmanda, es una estación feliz.

Esta carretera va a dar a la aldea de Estevais, después a Cardanha y Adeganha. El viajero no puede detenerse en todas, no puede llamar a todas las puertas a hacer preguntas y a curar de las vidas de quienes allí moran. Pero como no sabe ni quiere despegarse de sus gustos y aficiones, y como tiene la fascinación del trabajo de las manos de los hombres, va hasta Adeganha, donde le dijeron que hay una preciosa iglesia románica, así, de este tamaño. Va y pregunta, pero antes se pasma ante la grande y única losa granítica que hace de plaza, era y cama para la luz de la luna en medio de la población. Alrededor, las casas son aquellas que en Trás-os-Montes más se encuentran en lugares olvidados, casas de piedra sobre piedra, el dintel rozando el tejado, los humanos en el piso de arriba, los animales abajo. Es la tierra del sueño común. Llamado a prestar cuentas, este hombre dirá: «Yo y mi buey dormimos bajo el mismo techo». El viajero, cada vez que da con realidades como ésta, se siente muy comprometido. Mañana, al llegar a la ciudad, ¿recordará estos casos?, ¿estará feliz?, ¿o desgraciado?, ¿o tanto lo uno como lo otro? Es muy bonito, sí señores, predicar sobre la fraternidad de los peces. ¿Y la de los hombres?

En fin, la iglesia es ésta. No exageraba quien la alabó. Aquí y a estas alturas, con los vientos barredores, bajo el cincel del frío y la solanera, la iglesita resiste a los siglos heroicamente. Se le han quebrado las aristas, perdieron factura las figuras representadas en los canecillos todo alrededor, pero será difícil encontrar mayor pureza, belleza más transfigurada. La iglesia de Adeganha es cosa para llevarla en el corazón, como la piedra amarilla de Miranda.

El viajero empieza a bajar por una carretera peor aún. Rechina y protesta la suspensión del automóvil, y es un alivio cuando, entre charcos y fangales, aparece Junqueira. No es lugar de particular importancia. Pero, como el viajero es capaz de inventar sus propias obras de arte, aquí está esta fachada de capilla barroca sin tejado, con una exuberante higuera creciéndole allá dentro y rebasando la altura del entablamento. Por un ojo de buey se llegaría a los higos, si la higuera no fuese borde. Realmente, causan asombro en el pueblo estas admiraciones. Aparece por encima de un muro la cabeza de una chiquilla, luego otra, y, después, la madre de ellas. El viajero hace una pregunta cualquiera, le dan respuesta en reposada voz transmontana, y luego pegan la hebra y no tarda el viajero en saber casos de esta familia, y, uno de ellos, la terrible historia de princesas encantadas y encerradas en altas torres, es que estas chiquillas nunca salieron de aquí ni para ir a Torre de Moncorvo, apenas trece kilómetros. Es el padre quien no les deja, con las chicas hay que andar siempre ojo avizor, ya usted sabe. El viajero ha oído hablar algo de eso, y no niega ni confirma. «¿Y la vida, cómo va por aquí?» «Arrastrada», responde la mujer.

Charlas como ésta dejan siempre malhumorado al viajero. Por eso casi no tiene ojos para Vila Flor. Tuvo que abrir el paraguas, fue a llevar recado a un conocido, echó un vistazo al San Miguel por encima de la puerta de la iglesia. El viajero se ha dado cuenta de que por aquí hay una gran devoción al arcángel. Ya lo vio en Mogadouro, en un altar de las ánimas, y en otros sitios también, preocupados todos con las probabilidades del

purgatorio. Aquí, cuando ya se disponía a seguir camino, el viajero cambia de dirección. El pórtico de esta parroquia del XVII es digno de grandes atenciones y de una demora suficiente: las columnas torsas, los motivos florales, la geometría de otros, arman un conjunto que queda en la memoria. También queda en la memoria, desgraciadamente, un panel de azulejos, embutido en una pared, en el que un tal Trigo de Morais da consejos a los hijos. No son malos los consejos, pero fue pésima la idea. Y qué importancia se daba el consejero para venir así a moralizar en la plaza pública aquello que debería ser recomendación de puertas adentro. En fin, este viaje a Portugal va a tener de todo.

Vuelve a llover. No se ve a nadie en la plaza cuando el viajero dobla la última esquina que a ella da. Pero, al atravesarla, siente que lo siguen desde detrás de los cristales de las ventanas, y hay incluso quien se vuelve dentro de las tiendas, quizá con desconfianza. El viajero parte como si cargase a la espalda con las culpas todas de Vila Flor o del mundo. Probablemente es verdad.

Tirando derecho hacia el norte, por caminos de suabe y baja, se llega a Mirandela. Para el viajero es sólo punto de paso, aunque ya en el camino hacia Braganza va pensando en las ignoradas razones por las que el puente que atraviesa el río Tua tiene todos los arcos desiguales, y si la originalidad viene ya de los romanos, sus primeros constructores, o si es preciosismo del siglo XVI, en que alguna reconstrucción hubo. Desagrada mucho al viajero no saber los motivos de cosas tan sencillas como ésta de que un puente tenga veinte arcos y ninguno igual a otro, pero no hay más remedio que conformarse: sería cosa de

ver que se parara a interrogar a las mudas piedras, mientras las aguas iban murmurando en los tajamares.

Por estas bandas, hay unas poblaciones a las que llaman «aldeas mejoradas». Son ellas Vilaverdinho, Aldeia do Couço y Romeu. Por causa de la singularidad del nombre, y también porque un gran letrado informa de que hay ahí un museo de curiosidades, el viajero elige Romeu para mayor demora. Pero fue en Vilaverdinho donde supo que la idea de las mejoras fue de un antiguo ministro de Obras Públicas, tanto que de «idea humana» se alaba de haber sido, en inscripción adecuada, confirmada por las letras abiertas en enorme pedrusco al borde del camino, en el que se afirma que «los habitantes nunca olvidarán» a un presidente que allí fue a la inauguración, en agosto de 1964. Estas inscripciones siempre son dudosas, imagínense qué pensarán los historiadores y epigrafistas futuros si dan con la lápida y creen lo que allí se dice. Ante el nombre de ese presidente, alguien escribió «ladrón», vocablo perturbador que quizá sea desconocido en tiempos futuros.

En Romeu, está el museo. Allí hay de todo, como en botica: automóviles de doña Elvira, carruajes y arreos, receptores y radios de galena, cítaras, cajas de música, pianolas, relojes muchos, teléfonos de los primeros que se vieron, algunos trajes, fotografías, en fin, un tesoro pintoresco de pequeños objetos que hacen sonreír. Son los antepasados toscos de las tecnologías nuevas que nos van convirtiendo en usuarios e ignorantes. El viajero, cuando sale, se encoge de hombros, pero da las gracias a la familia Meneres, que fue la de la idea. Siempre se aprende algo.

Llovizna. El viajero pone y para el limpiaparabrisas en un juego que va descubriendo el paisaje y luego lo deja sumergirse, de manera imprecisa, como en un acuario enturbado. A la izquierda, la sierra da Nogueira ya es una señora sierra, con sus mil trescientos metros. Otro juego divertido es el de los pasos a nivel, afortunadamente abiertos todos cuando el viajero pasa. En treinta kilómetros hay nada menos que cinco: Rossas, Remisquedo, Rebordãos, Mosca y otro del que no quedó nombre. Y menos mal que en este caso son los nombres los que se salvan.

Al fin, desde esta subida se ve ya Braganza. La tarde se apaga rápidamente, el viajero va cansado. Y, en esta situación, padece de la ansiedad de todos los viajeros que buscan alojamiento. Tiene que haber un hotel, un sitio para cenar y dormir. Y es entonces cuando aparece ante él el cartel color naranja: *Pousada*. Gira, contento, y empieza a subir el monte, y este paisaje es bellissimo casi en el crepúsculo, hasta que da con el edificio, el parador, o lo que sea, que posar aquí no puede apetecer a nadie. Ésta sería la ocasión de recordar al maestro de todos, a Garrett, cuando llega a Azambuja y dice, con palabras suyas: «Corremos a alojarnos en el elegante establecimiento que al mismo tiempo acumula las tres distintas funciones de hotel, restaurante y café del pueblo. ¡Santo Dios! ¡Qué bruja está a la puerta! ¡Qué antro allá en el interior!... Se me cae la pluma de la mano». Al viajero no se le cae la pluma porque no la usa. Tampoco había ninguna vieja en la puerta. Pero el antro era aquél. El viajero huyó, huyó, hasta que fue a dar con un hotel sin imaginación pero bien llevado. Allí se quedó, allí cenó y durmió.